

RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, mayo de 1959

Núm. 1.083

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7-1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL BUEN SAMARITANO

La gran puerta del Palacio Episcopal rebosaba de gente que entraba y salía bulliciosa.

Era aquella una de las visitas obligadas durante el medio día del Jueves Santo.

Los doce apóstoles comían a la mesa del Obispo, y la cristiana grey, no menos curiosa que devota, gustaba de husmear un poquillo el solemne banquete.

Aún era la mañana, aún parecía el aire estremecido con la última vibración de las campanas jubilosas del «Glorioso», aún duraba la impresión de gozo de la misa blanca... El sol brillaba en el azul del cielo como lámpara de oro ante la Eucaristía... ¡Breve y ruetante paréntesis de alegres efusiones ante la negrura y la tristeza de Getsemaní!

Iban ya las pequeñas caravanas de procesión en iglesia, de oratorio en capilla, al pasar por la Plaza de la Catedral, obedientes a una añeja consigna táctica, penetraban en Palacio a ver comer al Santo Apostolado.

Lo formaban el señor Manuel y el señor Joaquín y el señor Antero, y el señor Constantino y otros más, hasta donde todos ellos respetables varones asidos en la Casa de las Hermanitas de los Pobres.

Iban embutidos en largos y anchos bigotes negros, de variados cortes, de modas muy lejanas, prendas que guardaban las monjas para la magnífica apoteosis de este día y que hacían juego con los doce sombreros armados, de alas inverosímiles, de copas extremadamente planas y estraplanas.

Durante el año esta jornada de completa gala y de feliz hartura, era para los señores un premio y un ensueño.

Las Hermanas les animaban a ser dóciles con la esperanza del radiante Jueves Santo.

—Mire, señor Juan, que esta vez le toca a usted ser Apóstol.

Y allí estaban los doce, trémulos por la edad y la emoción, sentados a los bancos manteles de la abundante mesa

colocada en uno de los grandes salones del Palacio.

En lugar preferente habían asistido a los solemnes e interminables oficios de la Catedral.

Ahora el señor Obispo los presidía y comía con ellos, en memoria de aquella otra regalada cena de Jesús al ir a la Pasión; y a las tres de la tarde les lavaría los pies, como el Maestro los lavó a sus discípulos.

Seis canónigos les servían a la mesa. Y sobre el afán gozoso e infantil de los pobres ancianos, sobre la abundancia y variedad de los manjares, en el fugaz deleite del banquete, desgranaba un lector las frases mágicas de un libro espiritual del siglo XVII.

—«Había venido el Salvador del mundo para hacer un pueblo nuevo y espiritual, y establecer y asentar con él un nuevo pacto y testamento mucho más excelente que el testamento viejo que había sentado con el pueblo carnal de los judíos; porque los mandamientos de este nuevo Testamento son más nuevos y más perfectos...»

La voz llena y sonora del joven seminarista se alzaba dominante y en continua lucha con el ruido prosáico de los platos con el tumulto incesante del concurso devoto y novelero.

Una fila de bancos ponía límites a la atrevida curiosidad del público, todo ojos y lengua.

—Mira aquél cómo bebe...
—Mira aquél que apurado se ve para partir...

—Fíjate en el Penitenciario qué bien lleva las fuentes...

—¿Y el Vicario?...

—Ese que pone vino debe ser el canónigo nuevo... ¡qué joven, qué arrogante!...

Sí, aquél era el prebendado Rojas, el canónigo nuevo.

Su figura airosa y distinguida se inclinaba solícita y humilde ante los comensales; su mirada varonil e intelectual avizoraba los tácitos deseos; y es feliz en sus fervores mozos al verse servidor de los pobres de Cristo,

Un momento, al escanciar el generoso vino en la copa de un viejo, las precoces arrugas de su frente se contrajeron delatadoras de súbita sorpresa, tembló su mano, estuvo a punto de lanzar una frase de asombro, más se contuvo rápido, calló, disimuló.

En la antecámara, convertida ese día en antecocina, permanecían sentadas y modestas las dos Hermanas acompañantes de los doce ancianos.

Se acercó a ellas el Canónigo Rojas y preguntó como de paso y con indiferencia:

—¿Todos los ancianos son de aquí?
—¡Oh, oh! Son de muchos sitios— respondieron las religiosas poniéndose en pie.

—¿Cómo se llama aquél, el tercero de la derecha, el de las gafas negras?

—¿El de la oreja rota?

—Sí, ese.
—Alfredo... Alfredo... No recuerdo el apellido... ¿Lo sabe usted hermana?

—No me acuerdo ahora... Es de la montaña de Santander... Está en casa hace un año. Lo trajeron sus hijos que se iban a América. Está ya muy consumido el pobrecito y es maniático, por supuesto, como todos... Su tema es hablar mal de su nuera... Pero ¿cómo es su apellido. Dios mío, cómo es? ... Lo tengo en la punta de la lengua?

—Perdonen ustedes... Me reclama la mesa...

Y marchó a su deber.
¿Para qué el apellido? Demasiado lo tenía grabado en su memoria.

Gamboa. Alfredo Gamboa, y con el nombre funesto la odiosa figura, no decrepita e inerte como ahora, sino alta, dura, con la faz impenetrable y antipática, con los eternos espejuelos que ocultaban una mirada ruin, con la facha innoble de una oreja partida.

Era aquél don Alfredo, el hipócrita amigo de la casa, el usurero, el cruel. Por su falsía, los negocios ruinosos. Por sus años rapaces, la modesta hacienda arrebatada. Por sus perversos cálculos el hogar deshecho.

Y el Canónigo Rojas veía su niñez toda enlutada y triste por ante de un mal hombre... Su padre derribado por una muerte súbita. Su madre encanecida en plena juventud. Sus her

manitas y él en frío desamparo. Todos en la miseria.

¡Años amargos, años lentos, imborrables, de su feliz adolescencia en que la madre lloraba y trabajaba y las hermanas palidecían como flores sin luz!

Pero Dios no abandonó jamás al desvalido, ni se olvidó del pobre, y en medio del sendero de espinas y de lágrimas, esperaba con los brazos de su providencia de par en par abiertos.

A él lo llamó el sacerdocio. A Clara, la mayor, la guió al claustro. A Luísa, la pequeña, deparó un buen esposo. A la madre la sacó en santa paz de este mundo cuando los tres estuvieron colocados.

—Hijos, amad a vuestros enemigos, para que Nuestro Señor nos ame y nos perdone—fué la constante y postrera lección de aquella mujer tan combatida por el infortunio.

En el cementerio de la ciudad lejana y costanera reposaba la querida y venerada muerta. En la misma ciudad quedó encerrada la hermana Carmelita entre los blancos muros de su colmena mística, y su hermana casada seguía iluminando con el reflejo de su bondad amable el interior humilde de su hogar. En cuanto a él, al mayor, al sacerdote, triunfos de su carrera se lo habían llevado del terruño natal; y era a los pocos meses de su encubramiento, en plena luna de miel de la prebenda, en la satisfacción de ser buscado, de ser solicitado para todo panegírico, para toda presidencia, para toda labor de honra y provecho, cuando Dios le ponía delante aquel miserable harapo humano, aquel viejo enclenque y lamentable en el que revivía de pronto el sombrío pasado.

Allí lo tenía, allí estaba el hombre enemigo. Podría por fin saciar aquellos sus rencores impotentes de niño, podría desbordar la ola represada, podría desahogarse, gozarse...

Iría a buscarlo al Asilo; se le presentaría recriminador e inexorable.

¡Oh, venganza, placer de los dioses! Era como si pasase ante sus ojos un fuego de purificación y de justicia. Era como si de repente diese con una escalera de peldaños de bronce, brillantes, duros...

* * *

Seguía la lectura.

—«Y el Señor le respondió, a lo que parece con voz baja y que lo entendió San Juan solamente. «Aquel es a quien yo diere el pan mojado». Y luego, tomando un bocadito de pan y mojándolo en algún pebre o salsa, se lo dió a Judas; lo cual para el apóstol San Juan fué como una cifra y contraseña por donde conoció al traidor, y para el mismo Judas un particular regalo y favor para ablandarle el corazón, y obligarle...».

Convulso, estremecido, el joven prebendado se acordó de las palabras de su madre.

—Hijos, amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen.

Era el Evangelio, la cruz, el sacrificio, el deber del cristiano.

Y en este día de tan grandes y profundos misterios, en que Jesús se daba todo a todos, hasta Judas, y entraba en su Pasión ¿iba a admitir ni el más leve pensamiento de venganza?

¡Oh, fuego fatuo, cegador y estéril! ¡Oh peldaños brillantes, pero resbaladizos y guiando al descenso!

—¡Señor, Jesús!—oró en su corazón —, lo perdono con toda mi alma, lo perdono...

Y llegándose a él, le sirvió y le atendió con todas las delicadezas de una madre por el hijo más querido; y se enternecía pensando que aquel inerte ser, retorcido, doblado por la pobreza y por los años, despojado del oro que amó tanto, abandonado por sus hijos, era más, mucho más desgraciado que él y no sólo lo perdonaba sino que ya le amaba, como si realmente fuese uno de los más privilegiados comensales de la última Cena del Señor,

* * *

Con cuidado exquisito le ayudó a levantarse de la mesa.

Después le dió el sombrero y le estrechó la mano con marcada efusión.

Luego se acercó a las Hermanas y les dijo:

—Cúidenme a don Alfredo lo mejor que puedan... Para cuanto haga falta, aquí estoy yo... Si enferma llámenme...

En la severa estancia episcopal florecía de nuevo la parábola del buen samaritano.

Más ellas, las dos monjas, gozosas por haber recordado de pronto el apellido interrumpían al Canónigo Rojas.

—¡Gamboa, se llama Gamboa el ancianito ese.

J. LE BRUN

Perico Sánchez

OCURRE que nuestra grosera naturaleza no sabe descubrir más que aquellas virtudes estridentes que se nos cuelan por los sentidos. Necesitamos los aplausos para fijarnos en un artista; la sangre, para reconocer a un héroe; los milagros, para venerar a un santo.

Y así, a nuestro lado corren y pasan mil vidas que llamamos vulgares porque no sabemos lo que hay en el escondite de su intimidad. Porque, en realidad, no hay vidas vulgares. Las que así llamamos son como esas piezas de porcelana, finas, sencillas, transparentes, que nos parecen insignificantes e iguales. Así como, éstas, el buen conocedor sabe rebuscar un sellito oculto que nos revela su clase y su mérito, así en aquellas vidas, con un poco de atención, es fácil descubrir el sello

divino que marca, al cabo, toda una vida humana.

Por eso yo tengo una honda simpatía por las vidas de los callados, de los anónimos, del artista sin nombre, del héroe sin lápida, del santo sin altar, Y por eso voy a contaros el caso de Perico Sánchez, el de Cañada Alta.

En Cañada Alta, un pueblecito andaluz, como tantos otros, es donde vivía Perico Sánchez, un mozo del pueblo, también como tantos otros.

Su nombre, su vida, su fisonomía, todo era en él vulgar y corriente. Era de esos hombres que parecen que están hechos «en serie» por el divino Hacedor.

Sus amores, pues, no se libraron tampoco de esa ley general de la vulgaridad de su existencia. Amó a su vecina, que es lo más vulgar que puede hacer un hombre en materia de amores.

Su vecina se llamaba Romualda. Era baja y frescota, y se dedicaba a faenas sencillas, como regar las macetas, cuidar gorriones y zurcir ropa, sentada a su puerta. Desde niño, pues, al entrar y salir Perico para trabajar en el campo, veía a su vecina y le decía: «A la paz de Dios, Romualda».

Cuando fueron mayores hablaban algunas veces, a las puertas de sus casas, del campo, el tiempo, los gorriones... Y así fué como un día Perico Sánchez concibió sin esfuerzo la idea de casarse con Romualda. La cosa era sencilla: Romualda, después de las bendiciones, se trasladaría una mañana a su casa, y allí seguiría regando macetas cuidando gorriones y zurciendo ropa.

Sin alterar, pues, el gesto inexpresivo de su carota ancha y saludable. Perico la pidió un día la conversación a Romualda. Romualda dijo sencillamente: «Bueno». Y desde entonces fueron novios. Siguieron hablando de las mismas cosas menudas—los gorriones, el tiempo del campo—, sin más diferencia sino que ahora hablaban en bajo.

Pero, al fin, en aquel idilio monótono ocurrió una cosa grave: Perico Sánchez cayó soldado.

Una mañana temprano, Perico dijo a su novia: «Adiós, Romualda, hasta la vuelta». Ella respondió lo mismo y le dió un escapulario. Pocos momentos después, Perico marchaba, entre otros mozos, por la carretera ancha y polvorienta, llevando en una mano una caña, a guisa de bastón, y en la otra un lío de ropas, metido en un pañuelo de colores con grandes nudos.

El regimiento donde servía Perico Sánchez fué a Africa. Su vida de campaña siguió siendo vulgar; nunca sufrió una amonestación ni nunca fué citado en la orden del día. De vez en cuando, del campamento

salía una carta escrita en papel cuadrado, que decía con torpes letras: «Estimada Romualda...» De vez en cuando también, llegaba al campamento un pliego de papel de barba que empezaba: «Estimado Perico...» Estas cartas que iban y venían periódicamente, como canciones antípodas de una noria, eran los únicos acontecimientos mayores que turbaban el ritmo de las horas de Perico Sánchez. Eran como esas cuentas más gordas, que turban a cada diez, la igualdad monótona de las cuentas de los rosarios.

Un día, sí, hubo un acontecimiento. El regimiento tomó parte en una operación importante. Hubo que tomar un cerrillo a la bayoneta. Perico, ni más valiente ni más cobarde que los demás, llegó a la cumbre ileso, mezclado con el pelotón.

Pero ocurrió que otro mozo paisano suyo, llamado Curro León, por ser más cuellicorto y más gordo que los demás, se quedó atrás medio ahogado, por más que corría cuanto podía. Al verle rezagado, varios moros le acorralaban entre unas piedras. Encontrándose en tal aprieto, Curro hizo lo único que podía hacer; disparó un tiro, y otro, y otro. Tuvo buena suerte, hirió y mató varios moros. Enseguida viendo terminadas sus municiones, con rápida deliberación instintiva, hizo de nuevo lo único que podía hacer: salió de su guarida y echó por medio de los moros, abriéndose paso con los puños. Un machetazo le cercenó la mano, pero con el brazo chorreando sangre, tuvo la suerte de ganar a brincos las alturas, donde le recibieron con vivas sus compañeros.

Cuando, al llegar salvo a la altura, Curro se tendió en el suelo, extenuado, daba gracias a Dios por haber librado con vida y por ser un hombre de buena suerte. Pero bien pronto se enteró de la grata noticia de que, además, era un héroe. En efecto, su percance de aquel día y sus esfuerzos desesperados e instintivos para librar con vida habían sido declarados oficialmente heroicos. Desde aquel día, pues, el nombre de Curro León empezó a brillar y sonar sobre la masa gris de los Sánchez, Gutiérrez, Pérez que, por tener más cuello y menos kilos habían subido al cerrillo mas de prisa sin novedad.

Por aquellos mismos días la vida de Perico Sánchez sufría una conmoción. Las cartas de Romualda comenzaron a distanciarse cada vez más unas de otras, Al fin, desaparecieron por completo. Perico escribió dos o tres veces preguntando, pero no tuvo respuesta. Poco después recibió una de un primo suyo, en la que le contaba sencillamente que Frasquito el del Olivar había requerido a Romualda; que todo el pueblo le había aconsejado que no lo dese-

Flores de un Pastor

Ofrenda de Jacinto a su Virgen de Fátima.

Soy un pequeño pastor que alegre viene a tu altar con la ilusión de ofrendar las flores que da su amor.

Rosas que piden virtud y tus excelsos favores, para todos los pastores del altar y de la cruz.

Concédeselas, Señora, ¡Mira con cuánto cariño te lo pide un pastor niño al darte sus flores ahora...!

Hermenegildo Rodríguez

chase; pues Romualda, sola, con su madre enferma, necesitaba casarse. Frasquito tenía posibles para sostenerla y casarse enseguida; a él, en cambio, le quedaba algún tiempo en Africa, y luego tenía que formarse una posición. Después el primo añadía algunas consideraciones: Si Perico hubiese estado allí, todo sería distinto; pero una ausencia tan larga trae consigo estas cosas...

Todo esto era llano, razonable, vulgar. Perico Sánchez, con su cara inexpresiva, lo leía sobre una piedra, en un rincón del campamento, perdida su anónima insignificancia en la promiscuidad de la tropa; pero pensaba para sí que también hay heroísmos sin sangre, y pasos duros sin tiros ni algaradas, y que en Africa puede perderse algo más que una mano...

Aquel mismo día, Curro León era propuesto oficialmente para la cruz laureada.

Cuando el regimiento fué licenciado, se acordó que iría a Cañada Alta, por haber muchos soldados de aquel pueblo, para que allí se rindiera un justo homenaje por su comportamiento y se celebrase públicamente la imposición de la laureada a Curro León.

Una mañana, pues, bajo el mismo cielo azul e indiferente que un día despidió a Perico con su lio de ropas, el regimiento llegó por la carretera de Cañada Alta, entre un chillar de trompetas y un brillar de correajes y fusiles.

Perico Sánchez marchaba invisiblemente anegado en aquella ola de uniformes azules con espuma de bayonetas. Nadie le veía. Todos preguntaban por Curro León, y le señalaban con el dedo: «Ese... ese del brazo en cabestrillo».

Luego la tropa formó en la plaza, adornada con guirnaldas y le-

treros. Allí, el alcalde, desde un tabladillo, pronunció unas elocuentes frases sobre la hazaña de Curro, el hijo predilecto de Cañada Alta. Hizo una somera enumeración de nombres ilustres: Viriato, Napoleón, Hernán Cortés... Entre nombre y nombre, a modo de coma, sonaba un cohete: Chiss... ¡pón!

Al fin el coronel se adelantó en su caballo, y a grandes voces, aunque la plaza era pequeña, enumeró los nombres gloriosos y ejemplares del regimiento: León, el laureado; Ruiz, que había perdido un ojo, Fernando, herido en una pierna... Enseguida, León se adelantó a recibir la laureada, y los otros, varias recompensas menores.

Y fué en aquel preciso momento cuando Perico Sánchez, que estaba tieso como una estaca, anegado en el conjunto de la formación descubrió entre el público que presenciaba el acto a Frasquito el del Olivar, llevando del brazo a Romualda. Esta se empinaba para oír al coronel con la misma cara tranquila e inocente con que un día le dijera con sencillez: «Adios, Perico, hasta la vuelta».

Por el sitio donde formaba Perico Sánchez se oyó un pequeño revuelo. El público, atento a la ceremonia, demandó enseguida silencio: «¡Chis! ¡Chis!»

El coronel preguntó rápidamente a su ayudante: «¿Qué ha ocurrido?»

Y éste respondió; «Nada, señor; un soldado raso que se ha caído al suelo. Seguramente, un vahido del sol.»

Y el coronel, que seguía poniendo cruces y medallas a los soldados declarados héroes, contestó distraído: «Seguramente».

Hoy, Cañada Alta luce una lápida en la casa donde nació Curro León. Muestra su nombre en bronce, y luego, talladas, una corona, una palma y una señora con camión largo, que bien puede ser la Patria, la Heroicidad, la Valentía o cualquier otra de esas ideas generales que se representan con señoras con camiones.

También hay plazas, calles o rótulos en el Ayuntamiento que recuerdan a los demás hijos del pueblo que dejaron en Africa algún miembro o viscera, o trajeron algún signo sensible de sus heroicidades o sacrificios: una venda, un cabestrillo...; un tafetán inglés, al menos.

Perico Sánchez, que ni dejó ni trajo nada de esto, no tiene un modesto recuerdo en Cañada Alta. Por eso yo, como una reparación, he querido dedicar esta pobre crónica al héroe anónimo que perdió calladamente en Africa toda la ilusión de su vida vulgar y sin importancia.

José María Pemán

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

.....Y mientras los discípulos seguían mirando a lo alto, dos ángeles se les aparecieron diciendo:

—Galileos, ¿qué estáis mirando en el cielo? Este mismo Jesús que de vosotros ha sido recogido, ha de venir del mismo modo que lo habéis visto marchar.

Postráronse en tierra, adoraron al que habían visto subir a los cielos, y llenos de un gozo singular volvieron a Jerusalén, a cumplir las últimas órdenes del Maestro.

Dios había terminado la gran misión de la redención del género humano.

Y aquí termina la historia de unos acontecimientos tan extraordinarios, tan trascendentales, que han cambiado al curso de la Historia hasta tal extremo que con el nacimiento de Jesús de Nazaret, comenzaba una nueva Era.

Dios había hecho hasta lo inverosímil para ayudar al género humano a encontrar la salvación. Su misma sangre se había ofrecido por nuestros pecados. Poca cosa nos quedaba a nosotros por hacer para alcanzar la felicidad eterna. Aprovecharnos de ella, poner toda nuestra buena voluntad, y no dejar nunca de estar cerca de Él, pues en Él encontraremos siempre su misericordia y su perdón.

La vida de la mayoría de los mortales, no es difícil a la salvación. Sólo las riquezas pueden perjudicarnos en el logro de nuestras ansias espirituales. Por eso siempre vemos a través de los Evangelios, cómo se nos señala el gran peligro de las riquezas. Mucho bien podemos hacer con ellas, pero también mucho daño podemos hacer a nuestra alma.

El pobre, le faltan con los bienes de fortuna, medios de pecar, que tienen abundantes los poderosos del dinero.

Durante la vida pública de Jesús de Nazaret, pudimos escuchar sus consejos a todos los hombres, y de todas las circunstancias. Para todos tuvo palabras que señalaron el camino a seguir. El era la verdad, decía, y quien no quería oír, se hacía sordo; quien no quería ver, se hacía ciego. Pero sus palabras caían con la fuerza clara y contundente de la verdad sobre todos, como el es-

pejo refleja la fealdad de nuestros rostros. Era inútil condenar o muerte a Jesús de Nazaret. Sus palabras seguirían sonando como un eco a través de los siglos y en los oídos de todo el género humano.

Pilatos, lo contempla inquisidor. Quiere averiguar la verdad de aquel hombre que tenía ante sí y que adivinaba en Él un ser superior a todos los demás. Su inteligencia de romano, no lo supo adivinar. Y sin embargo; Jesús se lo dijo, para que constara en el proceso eternamente, como una contestación a la pregunta de Pilatos:

—Yo soy la verdad.

En el proceso de Jesús también se escucha otra gran verdad, que el mundo no pudo apreciar en toda su fuerza.

Al presentar Pilatos al pueblo, la figura de Cristo, con toda su gran significación, les dice:

—Ecce homo. He aquí al hombre.

Era la contestación a aquel Diogenes el Cínico, cuando con un candil buscaba por las calles de Atenas el hombre que no encontraba en parte alguna. Pilatos le contesta años más tarde, por-

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 17-20

GIJON

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

que ante sí, tiene al hombre en su grandeza. No era fácil encontrarlo entre los hombres a través de aquellas generaciones.

La vida continúa. Las palabras de Jesús de Nazaret, siguen escuchándose a través de todos los tiempos, y suenan cada día con fuerza de actualidad, porque fueron dichas para todos los hombres de todos los tiempos.

No olvidemos las enseñanzas de Cristo a los hombres en su vida pública. Siempre encontraremos algo nuevo, que nos haga más animosos y decididos para alcanzar ese ideal espiritual que es la meta de nuestra verdadera felicidad.

Y volverá a juzgar a los hombre al fin de los tiempos.—R.

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

“Religión y Patria”

Periódico de propaganda católica

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)

IMP. LA VERSAL-GIJON